

Signos vitales*

Nohemy Salazar
Egresada del Taller de Escritores
Universidad Central

No, no se vayan todavía. Mírenme. Observen mis ojos. Estoy asintiendo. Envío señales que ustedes no captan. Sí, tú, Judith. Siento tus manos. Están sudando. Sigue acariciándome. ¡Ah! ¿Por qué te estremeces?

¿Es por la cicatriz, que adivino roja y quizás purulenta, que me circunda la cabeza como una diadema de horror? No... no te vayas. Mira, creo que anoche volví a soñar. Tenía 11 años. Lo recuerdo bien. Iba a jugar como arquero en un partido contra Los Corazonistas, el colegio rival. Y papá no quiso llevarnos. Estaba borracho. Se tumbó en la cama. Lloré. Mamá no tenía dinero y tampoco conducía. Me juré que no defraudaría a los míos.

Nunca. Ya ves, promesa incumplida. ¿Qué soy? ¿Quién soy? Creo que fueron los números. No, qué números. ¿Las cifras, o quizás, los diagramas? Ya no sé. A veces creo que debo dejarme ir. Sentir el vértigo.

No como aquel día. Sí, tú estabas celosa. Reconócelo. No, no sueltes mi mano. ¡Maldita sea! Quiero un movimiento. Sí, aunque sea de un dedo.

Estábamos eufóricos. Fue un logro. La empresa lo reconoció más tarde.

No, no llores. Creo que me pondré bien. Ya ves, también quiero llorar.

Háblame. Me gusta tu voz. O mejor escúchame. Hemos tenido poco tiempo. ¿Qué es eso? ¡Es el llanto de un niño! ¿Hay un niño aquí?

Esa noche salimos. Queríamos celebrar. Y a una cerveza siguieron otras.

Pero no me creíste. Y emprendimos el viaje. Deja que se vayan.

Quédate conmigo. Grita a mi lado. Ya ves, estoy solo. ¡Qué solos estamos! Como allá. Ese día. Primero arriba y luego el carro en el azul infinito. Igual que nuestro grito. ¿Recuerdas? También había nubes.

No, límpiame tú. No dejes que lo haga ella. Es la enfermera. Tú eres mi vida. Sí, como la que se nos fue. Yo quería limpiarlo, pero tú gritabas.

No, no me estoy muriendo. ¿Válvula de Hakim? ¿Qué es? Diles que escucho. ¿Qué se ha caído? ¿Un carro al abismo? ¿Lo detuvo un árbol?

¿No? ¿Es la bandeja donde traen las medicinas? Ah, porque ese sonido me tortura. Ven, siéntate. No me gusta verte arrodillada. Así permaneciste durante horas al lado de su cama. ¿Por qué no hablan claro?

Me molestan los susurros. Así conversan en las funerarias. ¿No sientes la brisa? ¡Es la velocidad! Sí, me estremezco un poco. ¿O serán los recuerdos? Estoy cansado. ¿Por qué mi garganta se niega a responder?

* Cuento finalista del Concurso de Cuento Editorial Nuevo Ser, Argentina, 2005.